

ISSN: 1130-2887 - e-ISSN: 2340-4396
DOI: <https://doi.org/10.14201/alh201981>

HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE Y CAMBIO DE RÉGIMEN EN AMÉRICA LATINA *US Hegemony and Regime Change in Latin America*

Luis L. SCHENONI
Universidad de Notre Dame, Estados Unidos
✉ lscbenon@nd.edu

Scott MAINWARING
Universidad de Harvard, Estados Unidos
✉ scott_mainwaring@hks.harvard.edu

Fecha de recepción: 21 de septiembre de 2018
Fecha de aceptación y versión final: 20 de febrero de 2019

RESUMEN: Este trabajo busca contribuir a la literatura sobre los factores internacionales que afectan el surgimiento y ruptura de la democracia a través de la conceptualización y análisis empírico de diversos mecanismos por los cuales una potencia internacional puede provocar cambios de régimen en su área de influencia. A través de múltiples métodos, analizamos el rol de Estados Unidos en 64 episodios (27 quiebres y 37 transiciones democráticas) que tuvieron lugar en América Latina entre 1945 y 2010. Primero, utilizamos la técnica de análisis cualitativo comparado (QCA) para examinar el papel que desempeñaron las embajadas estadounidenses en estos episodios. Segundo, estudiamos casos específicos (las primeras transiciones y quiebres en olas de cambio de régimen) donde la influencia de Washington es claramente discernible de los efectos de la difusión. Tercero, analizamos estadísticamente el impacto de los flujos de ayuda externa de Estados Unidos sobre las probabilidades de supervivencia de los regímenes políticos de la región. Nuestros resultados sugieren que el apoyo a la democracia por parte de los Estados Unidos fue consistente durante la ola de transiciones democráticas que comenzó en la región en 1978, y que fue decisivo en muchas de estas transiciones. En comparación, la importancia de estos mecanismos hegemónicos en las olas autoritarias que tuvieron lugar entre 1948 y 1956 y entre 1964 y 1976 es menos evidente. Futuras investigaciones podrían utilizar las herramientas conceptuales y metodológicas aquí propuestas para explorar el rol de esta y otras potencias regionales en procesos similares de expansión y retracción internacional de la democracia.

Palabras clave: democracia; cambio de régimen; Estados Unidos; hegemonía; América Latina.

ABSTRACT: We contribute to the extensive literature on international influences on democratization and democratic breakdowns by conceptualizing hegemonic mechanisms of regime change and assessing them empirically. Our findings are based on a multi-methods approach and highlight the varying importance of hegemonic influences in post-1945 Latin America. We argue that us support for democratization was consistent in the wave of transitions to democracy that began in Latin America in 1978 and that it was decisive in many of these transitions. While past work has attributed responsibility to the US for the waves of democratic breakdowns from 1948 to 1956 and 1964 to 1976, an examination of the 27 breakdowns from 1945 to 2010 gives reason to doubt this interpretation. Future research could use these conceptual and methodological tools to explore the role of other powers in waves of democracy and authoritarianism.

Key words: democracy; regime change; United States; hegemony; Latin America.

I. INTRODUCCIÓN¹

Este artículo busca contribuir a la extensa literatura existente sobre los factores internacionales que afectan a los regímenes políticos domésticos a través de una conceptualización de lo que denominamos «mecanismos hegemónicos» y utilizando herramientas cualitativas y cuantitativas para analizar el modo en que los Estados Unidos influyeron sobre las transiciones y rupturas democráticas que tuvieron lugar en América Latina desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Comenzamos por presentar un resumen de la literatura existente y una definición empírica de nuestro fenómeno de interés. Nos centramos en las diferentes olas de cambio de régimen que se agrupan dentro de la esfera de influencia de un hegemón². En tales circunstancias, es de esperar que esta potencia influya sobre los regímenes políticos localizados en su periferia inmediata de múltiples formas. Estos mecanismos

1. Este artículo es una traducción al español del artículo «us Hegemony and Regime Change in Latin America», publicado en la revista *Democratization* (vol. 26, n. 2: 269-287). Se reproduce con el consentimiento de los autores y con autorización de *Taylor & Francis* (jb/fdem/p18/2073), gentilmente financiada por el *Kellogg Institute for International Studies* de la Universidad de Notre Dame. Los autores agradecen a Michael Coppedge, Omar Coronel, Benjamín García Holgado, Gary Goertz, Jeremy Graham, Tahir Kilavus, Tom Long, Laurie Nathan, Aníbal Pérez-Liñán, David Scott Palmer y a dos revisores de *Democratization* sus comentarios a versiones previas de este manuscrito. Esta investigación se nutrió también de largas conversaciones con los embajadores (ret.) Edwin Corr, Thomas Pickering y Harry Shlaudeman. También queremos agradecer a Patricia Marenghi, directora de la revista *América Latina Hoy*, por disponerse a reproducir este trabajo en idioma español, así como a Victoria De Negri por su ayuda con la traducción y al Kellogg Institute for International Studies de la Universidad de Notre Dame por financiar el costo de los derechos de reproducción. Finalmente, quisiéramos dedicar este trabajo a la memoria de David Scott Palmer y Harry Shlaudeman, quienes contribuyeron notablemente a enriquecerlo antes de sus partidas definitivas el 28 de abril y el 5 de diciembre de 2018.

2. Para una revisión del significado y uso de la palabra «hegemonía» en el ámbito de las Relaciones Internacionales véase la entrada correspondiente (*Hegemony*) en la *Oxford Research Encyclopedia of International Studies* (L. SCHENONI 2019).

hegemónicos son de lo más variados; van desde la intervención militar al simple envío de señales para manifestar su potencial apoyo o aquiescencia en el caso de un cambio de régimen. Típicamente, la atribución de un efecto internacional de este tipo supone alguna agencia o acción por parte del hegemón, que utilizaría herramientas políticas y/o económicas para influir en el balance de poder entre los grupos que apoyan y los que se oponen al régimen. Nuestro análisis propone distintas formas de inferir la presencia de estos mecanismos hegemónicos a partir de factores tales como la actividad de las embajadas y los flujos de ayuda externa.

Aunque nuestro marco teórico y conceptual puede ser aplicado al análisis de cualquier hegemón y tipo de régimen, este trabajo se centra fundamentalmente en las políticas de los Estados Unidos hacia América Latina desde 1945. En estos análisis utilizamos una aproximación basada en múltiples métodos que combina el análisis cualitativo comparado de conjuntos nítidos (*crisp-set Qualitative Comparative Analysis* o csQCA), estudios de caso y análisis de supervivencia, para explorar muestras de diferentes tamaños.

En primer lugar, ofrecemos un análisis caso por caso de la influencia ejercida por los Estados Unidos sobre las 37 transiciones y 27 quiebres democráticos acaecidos en América Latina entre 1945 y 2010. El mismo está basado en un estudio exhaustivo de fuentes secundarias, así como de fuentes primarias y entrevistas con diplomáticos que protagonizaron estos eventos. Esta sección culmina con un análisis csQCA para evaluar la importancia del apoyo de las embajadas estadounidenses.

En segundo lugar, examinamos la influencia de una batería de políticas implementadas por Estados Unidos sobre los primeros quiebres democráticos (durante la ola autoritaria que comenzó en 1948) y transiciones (durante la ola de democratización iniciada en 1978). Estos casos se produjeron poco después de un viraje en la política exterior de Washington y permiten apreciar más nítidamente la incidencia de este factor internacional, que en casos más tardíos puede confundirse con los efectos de la difusión regional.

En tercer lugar, un análisis estadístico de las tasas de supervivencia de los regímenes autoritarios y democráticos en la región nos sirve para estimar el impacto de la ayuda económica y militar de los Estados Unidos sobre la probabilidad de un cambio de régimen. Este análisis replica modelos econométricos que están a la vanguardia de los estudios sobre la democracia en América Latina, al tiempo que los refina mediante la introducción de esta nueva variable.

Esta aproximación, basada en múltiples métodos, echa luz sobre diferentes aspectos del impacto de la política estadounidense sobre la democracia y el autoritarismo en América Latina y permite realizar inferencias válidas sobre estos fenómenos. Nuestras conclusiones sugieren que, al contrario de lo propuesto por una fuerte corriente historiográfica, la influencia de Washington en las olas autoritarias que barrieron América Latina de 1948 a 1954 y de 1964 a 1977 fue menor. En contra de otra importante literatura que pone un fuerte énfasis en los factores domésticos, nuestro análisis también sugiere que el apoyo de los Estados Unidos a las transiciones democráticas fue notablemente consistente y especialmente relevante durante la ola de democracia que comenzó en 1978.

II. FACTORES INTERNACIONALES Y MECANISMOS HEGEMÓNICOS

Los estudiosos de las transiciones y quiebres democráticos han propuesto innumerables teorías para explicar los efectos de diversos factores y actores internacionales sobre el cambio de régimen político. Hace más de veinte años, Lawrence Whitehead (1996) sugirió que estas explicaciones convergían en torno a tres mecanismos internacionales recurrentes que denominó «consentimiento», «contagio» y «control»³. Desde entonces, si bien otros autores han propuesto nuevas tipologías (Pevehouse 2005; Weyland 2014), ninguna ha logrado consolidarse de forma definitiva. Varias de estas clasificaciones proponen una útil distinción básica entre mecanismos horizontales y mecanismos hegemónicos.

Los mecanismos internacionales de carácter horizontal hacen énfasis en los procesos de abajo hacia arriba (*bottom-up*) que tienen lugar entre unidades relativamente iguales en términos formales (Estados soberanos, partidos políticos y movimientos sociales, entre otros). La mayor parte de la literatura sobre las influencias internacionales en los cambios de régimen se centra en los actores de este tipo y en mecanismos de transmisión tales como la difusión (regional o por redes) o los efectos de demostración⁴. Sin embargo, a menudo los mecanismos hegemónicos son importantes en el ámbito internacional, un contexto fundamentalmente anárquico donde las desigualdades de poder entre Estados son un factor determinante.

Por su parte, los mecanismos hegemónicos son mecanismos verticales, de arriba hacia abajo (*top-down*), que involucran dinámicas de coerción y/o consenso en las que Estados poderosos e interesados en la proliferación de un tipo de régimen determinado desempeñan un rol central. Dadas sus mayores capacidades, los hegemones pueden afectar a otros regímenes en una variedad de formas que van desde su simple imposición por la fuerza hasta el apoyo sutil a ciertos actores clave. No obstante, estas intervenciones pueden ser difíciles de identificar y separar analíticamente de otros factores horizontales. Si las influencias hegemónicas se mueven en la misma dirección que el fenómeno de difusión horizontal, pueden confundirse con otros factores de índole regional (por ejemplo, el rol que desempeñan los Estados de menor tamaño, los actores no estatales y los organismos regionales) y podrían atribuirse incorrectamente a estos factores. En sentido inverso, un hegemón simplemente podría estar interviniendo en un proceso de cambio de régimen ya en curso, pero no iniciado por él. Por lo tanto, antes de determinar si son los mecanismos horizontales o los hegemónicos los que operan en un determinado caso, es preciso analizar ambas alternativas en detalle.

¿Cómo diferenciar la responsabilidad de un hegemón de otros factores? Los mecanismos hegemónicos tienen lugar cuando un hegemón afecta el cambio de régimen en su área de influencia a través de su sutil apoyo a un tipo de régimen específico, promovéndolo

3. Esta y todas las traducciones del inglés en este artículo son de los autores.

4. Si bien varios modelos intentan medir el fenómeno de la difusión (ver D. BRINKS y M. COPPEDGE 2006), salvo algunas excepciones (D. LAKE 2009; C. THYNE 2010; F. URDINEZ *et al.* 2016), los efectos hegemónicos no han encontrado un claro correlato estadístico, lo que torna menos atractiva su reproducción cuando se trabaja con grandes cantidades de observaciones (*large-N*).

activamente o incluso imponiéndolo militarmente. En rigor, la enorme variedad de medios con que cuentan los hegemones para producir un cambio de régimen en su periferia requiere hablar de mecanismos hegemónicos en plural, para luego especificar la lógica de cada mecanismo particular. Sin embargo, todos comparten una serie de características.

En primer lugar, los mecanismos hegemónicos requieren la existencia de un Estado con considerable superioridad económica y militar en comparación con otros Estados en su misma región. Segundo, dado que el alcance espacial de las hegemonías rara vez ha sido global, estos mecanismos solo deberían tener lugar en su área de influencia, donde el hegemon posee suficientes vínculos y capacidad de presión para influir sobre este resultado. Consecuentemente, las olas de cambio de régimen que se concentran en torno a un Estado de excepcional poder relativo podrían sugerir la posible presencia de estos mecanismos hegemónicos.

Tercero, cuando los mecanismos hegemónicos están presentes, el primer caso en una secuencia de múltiples cambios de régimen debería producirse poco después de una modificación en la política exterior del hegemon. Asimismo, se esperaría que algunos regímenes de la región cambien antes o más rápidamente que otros cuando son más vulnerables a esta nueva política. De este modo, el momento (la contigüidad temporal entre el cambio de política del hegemon y la transición) y la secuencia (el orden en que las transiciones ocurren), además de la ubicación geográfica de los casos, pueden ayudar a determinar en qué casos el hegemon desempeñó un papel clave en el proceso.

Normalmente, los hegemones se proponen afectar e incluso controlar los procesos de cambio y crisis de régimen en sus zonas de influencia por el simple hecho de que muchos de sus intereses estratégicos están vinculados al mantenimiento de cierta estabilidad en el sistema (Schenoni 2019: 6). Por este mismo motivo, los hegemones poseen varios medios para promover el cambio de régimen en sus inmediaciones (Huntington 1991: 93).

Como ya hemos mencionado, en algunos casos el hegemon puede imponer el tipo de régimen de forma directa, sea al momento de la descolonización de un país o por medio de una invasión. Estos son los llamados cambios de régimen impuestos desde el exterior (Reiter 2017; cf. Owen 2010). Sin embargo, la mayoría de las veces los hegemones actúan de forma más indirecta, fortaleciendo o debilitando a ciertos actores domésticos, logrando así inclinar la balanza. De esta manera, por medio de la amenaza o la aplicación real de sanciones y recompensas (que pueden ser morales, económicas, militares o diplomáticas), el hegemon puede influenciar el resultado, sea a favor de la coalición propicia al régimen o a la opositora (Pridham 1991: 7; Mainwaring y Pérez-Liñán 2013: 212).

Las actividades mediante las cuales el hegemon puede inclinar el campo de juego doméstico pueden incluir algún tipo de actividad *in situ* (por ejemplo, actividades realizadas por agentes de la embajada) o alguna política que recompensa o penaliza desde el exterior a actores locales, como el envío de ayuda económica o militar, sanciones, embargos, etc. Pero un hegemon también puede influir en un régimen político sin necesariamente desplegar un nivel demasiado elevado de agencia. Ciertas actividades rutinarias, como la imposición de condicionalidades y su monitoreo, pueden tener un importante efecto (Nieto-Matiz y Schenoni 2018). Y, lo que es más, los hegemones pueden disparar reacciones en cadena simplemente mediante el envío de señales que podrían ser

interpretadas por los actores locales como indicativas de algún tipo de comportamiento futuro. Incluso la parálisis y aquiescencia de un hegemon puede desatar olas de cambio de régimen que le son directamente atribuibles⁵.

Sin embargo, muchos quiebres y transiciones son difícilmente atribuibles a las señales de un hegemon sin caer en teorías conspirativas. Incluso si un hegemon apoyara activamente un proceso de cambio de régimen que comenzó por otros motivos y tuvo como protagonistas a otros actores internacionales, transnacionales y locales, es posible que su impacto sea marginal y hasta subsumible a un proceso más amplio de difusión⁶. En estos casos, dada la superposición de las implicancias observacionales de los mecanismos hegemónicos y horizontales, es necesario explorar estos mecanismos en detalle y mediante múltiples métodos que iluminen las muchas aristas del problema.

En lo que resta de este artículo nos enfocamos en un caso paradigmático de influencia hegemónica: Latinoamérica post-1945. Innumerables especialistas documentaron el impacto de la política exterior de los Estados Unidos sobre los regímenes de América Latina en la era iniciada con el fin de la Segunda Guerra Mundial (Middlebrook y Rico 1986; Kryzaneck 1990; Lowenthal 1991; Carothers 1993; Schoultz 1998; Smith 2000; Atkins 1999; Pastor 2001, entre otros)⁷. Sin embargo, pocos lo han hecho utilizando herramientas conceptuales y metodológicas que permitan evaluar de manera integral todo el período, y prácticamente ninguno de estos autores ha realizado esta tarea con el afán de producir un marco aplicable al análisis de otros efectos hegemónicos en otras latitudes⁸. En estas páginas contamos nuevamente esta historia a través de los lentes conceptuales desarrollados en esta sección, diseccionando distintos mecanismos hegemónicos uno a uno y utilizando una variedad de métodos para ilustrar las diversas formas de ponerlos a prueba.

Dado que las olas de democracia que tuvieron lugar en América Latina tendieron a concentrarse geográficamente, y que Estados Unidos es vastamente más poderoso que cualquier otro Estado en la región, este caso se ubica dentro del ámbito empírico de nuestro interés. Las siguientes tres secciones exploran la medida en la que los Estados Unidos apoyaron las transiciones y los quiebres democráticos latinoamericanos en el

5. En estos casos, el hegemon puede comenzar una ola incluso sin desearlo o por pura omisión. El rol de la URSS en la ola de democratización que afectó Europa del Este a comienzos de 1989 es un claro ejemplo de este proceso (A. BROWN 2000).

6. Como la difusión requiere la existencia de redes (K. WEYLAND 2014: 39) y en el caso de América Latina estas redes (sociales, económicas, intergubernamentales, tecnocráticas, informacionales, etc.) vinculan a muchos países de la región más densamente con los Estados Unidos que con cualquiera de sus vecinos inmediatos, discernir entre la agencia del hegemon y su simple relevancia como centro (*bub*) de una red comporta un problema adicional (véase S. LEVITSKY y L. WAY 2010: 43).

7. En el apéndice 3 del artículo original puede encontrarse una bibliografía más exhaustiva sobre este tema. El mismo puede consultarse en línea con una suscripción a la revista *Democratization* o bien puede solicitarse directamente a los autores a la siguiente dirección de correo electrónico: lschenon@nd.edu.

8. Dos excepciones interesantes son S. MAINWARING y A. PÉREZ-LIÑÁN (2013) y S. LEVITSKY y L. WAY (2010: 130-179).

terreno; evalúan si proveyeron el impulso inicial para las olas de democratización y autoritarismo que afectaron a la región; y determinan si actuaron de manera consistente, a través de la aplicación de sanciones y el ofrecimiento de incentivos a los actores domésticos más relevantes.

III. LA PROMOCIÓN DE REGÍMENES EN EL TERRENO: EL ROL DE LAS EMBAJADAS ESTADOUNIDENSES

En esta sección pondremos la lupa sobre las 27 rupturas y 37 transiciones democráticas que tuvieron lugar en América Latina entre 1945 y 2010. Nuestro objetivo es evaluar si el gobierno de los Estados Unidos favoreció activamente el cambio de régimen político y si hubo en estos casos una clara actividad de sus agentes en el terreno. Para evaluar cada uno de estos episodios utilizamos fuentes secundarias, documentos oficiales y entrevistas a diplomáticos estadounidenses⁹.

En contra de una literatura que coloca sobre Washington buena parte de la responsabilidad por las olas autoritarias que barrieron Latinoamérica entre 1948 y 1956 y entre 1964 y 1976, un análisis caso por caso de estos quiebres sugiere que dicha interpretación es al menos demasiado simplista. Los Estados Unidos manifestaron posiciones contradictorias hacia los golpes de Estado durante ese período, basados en consideraciones sobre los riesgos estratégicos que cada caso suponía de manera individual. Algunos presidentes (por ejemplo, Eisenhower, desde 1953 hasta 1958, y Nixon, 1969-1974) no priorizaron el apoyo a la democracia en la región, pero aun en estos casos Washington nunca expresó una clara preferencia por los regímenes autoritarios. Los Estados Unidos apoyaron los golpes que se llevaron a cabo en Guatemala (1954), Brasil (1964), República Dominicana (1965), Chile (1973) y Uruguay (1973). Además, el gobierno estadounidense aplicó una fuerte presión diplomática sobre el gobierno de Perú antes del golpe de 1948, y su diplomacia simpatizó con las asonadas militares que tuvieron lugar en Costa Rica (1948), Panamá (1948), Colombia (1949), Ecuador (1963), Bolivia (1964) y Argentina (1976). En estos últimos siete casos es posible argumentar que Estados Unidos dio señales de que posiblemente adoptaría una actitud de aquiescencia en caso de llevarse a cabo un golpe, lo que pudo haber sido un factor crucial en momentos decisivos (Thyne 2010). Sin embargo, incluso si se toman en consideración los casos en los que la actuación estadounidense fue indirecta y no supuso ninguna agencia en el terreno, Washington habría favorecido el quiebre democrático en solo 12 ocasiones de un total de 27. De ello se desprende que las olas de autoritarismo que sacudieron América Latina entre 1948 y 1956, y luego entre 1964 y 1976, difícilmente fueron el resultado de una política consistente de los Estados Unidos. De hecho, Washington se opuso en principio y abiertamente a la mayoría de estos golpes.

9. La lista completa de estos 64 episodios de cambio de régimen y un detalle del rol de los Estados Unidos en cada uno de ellos puede encontrarse en el apéndice 3 del artículo original en inglés.

En general, puede afirmarse que el principal motivo de los Estados Unidos para apoyar un quiebre democrático fue estratégico, como último recurso frente a lo que en el contexto de la Guerra Fría se percibía como un avance de la amenaza del bloque comunista (Smith 2000: 188). Washington permaneció relativamente neutral en los quiebres que no ofrecían una clara ventaja estratégica, como en Venezuela (1948) y Argentina (1966). De igual forma, el gobierno estadounidense se opuso a los quiebres en los que los militares amenazaban sus intereses hegemónicos, como sucedió en Perú (1962 y 1968) y en Ecuador (1970), o cuando las luchas facciosas entre elites locales no hacían más que debilitar su posición, tal como en Honduras (1963) y Panamá (1968). Finalmente, y de forma sugerente, los Estados Unidos se opusieron a todos los quiebres que tuvieron lugar entre 1980 y 2010: Bolivia (1980), Perú (1992), Haití (1999) y Honduras (2009). De los 27 quiebres que tuvieron lugar entre 1945 y 2010 solo cinco tuvieron lugar después de 1978, lo que sugiere que la política consistente de apoyo a la democracia adoptada por Washington desde ese momento contribuyó a desalentar varios quiebres.

El apoyo a la democracia en coyunturas críticas, como las elecciones fundacionales de un régimen, fue sin duda mucho más consistente que el apoyo a los quiebres autoritarios. Durante la presidencia de Truman, los Estados Unidos apoyaron los procesos de transición democrática que tuvieron lugar en Guatemala (1945), Panamá (1945), Argentina (1946) y Brasil (1946), en algunos casos con demasiado entusiasmo, debido a la influencia que un grupo de fervientes liberales (como el notorio embajador Spruille Braden) ejercía entonces en los altos rangos del Departamento de Estado (Schwartzberg 2003).

Entre 1948 y 1977, la política exterior estadounidense para América Latina estuvo dominada por fuerzas más conservadoras. Sin embargo, una mirada más detallada a los episodios de transición democrática revela un dato inesperado: aunque los Estados Unidos se abstuvieron de denunciar expresamente los abusos contra los derechos humanos, apoyaron varios quiebres democráticos y apuntalaron a los aliados autoritarios, al mismo tiempo, también apoyaron todas las aperturas democráticas que sucedieron en este período. Ciertos agentes liberales de la diplomacia estadounidense brindaron un notable apoyo a las transiciones en Ecuador (1948) y Costa Rica (1949) a pesar de la oposición de un ala más conservadora¹⁰. Más tarde, después de que Eisenhower declarara que «los Estados Unidos deben apoyar a las democracias» (Rabe 1988: 86) e hiciera de su promoción una prioridad durante sus últimos años de gobierno, tuvo lugar una sucesión de transiciones a la democracia en Bolivia (1956), Perú (1956), Panamá (1956) y Honduras (1957). Luego del ataque sufrido durante su visita a Caracas en mayo de 1958, el entonces vicepresidente Richard Nixon sugirió que los Estados Unidos debían manifestar con mayor claridad sus preferencias democráticas en este tipo de visitas, ofreciendo «un apretón de manos formal para los dictadores, un abrazo para los líderes en libertad» (citado en Rabe 1988: 104). Durante la luna de miel que sucedió, Washington apoyó las transiciones democráticas que tuvieron lugar en Argentina (1958), Colombia (1958) y Venezuela (1959).

10. «Tanto en Ecuador como en Costa Rica, la política estadounidense contribuyó significativamente al éxito de la causa democrática» (S. SCHWARTZBERG 2003: 168).

Resulta sugerente que el renovado énfasis de la administración Kennedy en la promoción de la democracia entre 1961 y 1963 coincidiera con el viraje hacia una posición de moderación por parte de los militares en Brasil y, en Argentina y Perú, su retirada a una posición tutelar después de protagonizar dos golpes de Estado que en otro contexto habrían derivado en una dictadura. En los años subsiguientes, se incrementó la influencia de elementos conservadores, lo que condujo a un relativo abandono de estas políticas. Brasil (1964), Argentina (1966) y Perú (1968), junto a otras ocho democracias de la región, colapsaron en la década siguiente. Washington ofreció préstamos y ayuda económica durante una transición en Ecuador (1968), y apoyó un proceso electoral en Honduras (1971), aunque de manera tímida y puntual. Ambas democracias sucumbieron poco después.

A partir de 1977, el uso de la influencia estadounidense para inclinar la balanza a favor de la coalición democrática se tornó la norma. En algunos de estos casos, como en Nicaragua (1984) y El Salvador (1984), esto supuso el uso indirecto de la acción militar, mientras que en Panamá (1990), la intervención militar que derrocó al dictador Manuel Noriega fue directa. Sin embargo, otros palos y zanahorias fueron más comunes. Por ejemplo, para conseguir que un régimen autoritario organizase elecciones libres y justas, el Departamento de Estado de EE. UU. comenzó a utilizar sus informes de los derechos humanos como herramienta política. Tanto el congreso como el presidente tuvieron en cuenta estos informes a la hora de limitar o prohibir el envío de ayuda, las operaciones comerciales y los préstamos, tanto bilaterales como multilaterales¹¹. Para demostrar su apoyo a las fuerzas democráticas en la región, los Estados Unidos desarrollaron vínculos preferenciales con las democracias existentes y encabezaron coaliciones prodemocráticas en las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos (OEA). A su vez, estas organizaciones intergubernamentales sirvieron para aplicar presión a actores proautoritarios (como las comunidades empresariales) y garantizar a los militares latinoamericanos la continuidad de los flujos de cooperación militar en un posible proceso de democratización, así como que la nueva democracia sería bienvenida en el club (Pevehouse 2005).

La evidencia más clara de la existencia de mecanismos hegemónicos en este período se registra en el terreno. Con frecuencia, los propios embajadores de los Estados Unidos expresaron su preocupación por la situación de los derechos humanos, aplaudieron los movimientos aperturistas y algunas veces garantizaron apoyo material y logístico a los actores locales a través de la CIA, USAID y, a partir de 1983, el *National Endowment for Democracy* (NED). En Bolivia (1982), Chile (1990), Ecuador (1979), Paraguay (1989) y Perú (1980 y 1995), los embajadores estadounidenses fueron promotores claves de las transiciones democráticas, tanto en el momento particular de las elecciones como en otros momentos críticos. En Nicaragua (1984) y El Salvador (1984), inicialmente la embajada estadounidense apoyó al mismo tiempo a actores democráticos y a otros virulentamente autoritarios, y, a pesar de esta contradicción, tuvo un rol crítico para el

11. Después del *default* de México en 1982 y la crisis de la deuda latinoamericana que desencadenó, los Estados Unidos ejercieron una mayor presión sobre a sus vecinos, a través de la asistencia financiera bilateral y multilateral como elemento de negociación (véase S. LEVITSKY y L. WAY 2010: 40-43).

éxito de ambas transiciones. En Chile (1990), República Dominicana (1978) y Ecuador (1979), algunos oficiales (como el comandante del Comando Sur de EE. UU.) supieron presionar a los militares locales en momentos clave. Incluso años después de ocurridas estas transiciones, la presión y la inteligencia proveniente de las embajadas de Estados Unidos sirvieron para prevenir asonadas militares e intentonas que hubieran puesto en peligro estas transiciones (Pastor 2001: 42-48; Huntington 1991: 95; *cf.* Handelman y Griffin Sanders 1981).

En las 37 transiciones democráticas que tuvieron lugar entre 1945 y 2010 (Mainwaring y Pérez-Liñán 2013), el apoyo de Estados Unidos fue omnipresente. Sin embargo, la influencia real del hegemon fue variada. Si bien Washington, por lo general, no fue un actor decisivo en la mayor parte de las transiciones previas a 1978, sí contribuyó en las transiciones democráticas en Argentina (1946), Venezuela (1946 y 1956), Ecuador (1948 y 1968), Costa Rica (1949), Colombia (1958) y Perú (1963). En la mayoría del resto de los casos, Washington apoyó formalmente la celebración de elecciones, pero siguió una política de estricta no intervención. Esto cambiaría notablemente a partir de 1978.

En su propia evaluación sobre el rol de los Estados Unidos en la tercera ola de democratización, Samuel Huntington (1991: 98) concluyó que este había sido *crítico* en ocho casos: República Dominicana (1978), Ecuador (1979), El Salvador (1984), Guatemala (1986), Honduras (1982), Panamá (1990), Perú (1980) y Uruguay (1985). También notó que habría sido un *factor contribuyente* en otros tres casos: Bolivia (1979 y 1982) y Chile (1990). Nuestro análisis sugiere que los Estados Unidos jugaron un rol decisivo en Nicaragua (1984), Perú (1995) y Haití (1995), además de los casos mencionados por Huntington (Mainwaring y Pérez-Liñán 2013: 229; Pevehouse 2005: 127; *cf.* Lowenthal 1991).

En conclusión, podemos afirmar que la diplomacia estadounidense jugó un rol relativamente importante en 22 de un total de 37 casos de democratización. Entre los casos en los que Estados Unidos fue menos importante están Argentina (1958, 1963, 1973 y 1983), Brasil (1946 y 1985) y México (1988). En las tres mayores economías de América Latina el impacto de Washington fue más limitado y los procesos tendieron a seguir lógicas más domésticas en estos casos. Sin embargo, como ya hemos visto, los Estados Unidos apoyaron también todas estas transiciones (Robinson 2000: 315).

IV. UN ANÁLISIS CUALITATIVO COMPARADO DEL APOYO DIPLOMÁTICO ESTADOUNIDENSE

El análisis cualitativo comparado (csQCA) es una técnica de análisis apropiada para trabajar sobre un número medio de casos (*medium-N*) sobre los cuales los investigadores poseen un conocimiento contextual. Dado un conjunto de condiciones relevantes que son concurrentes con un cierto resultado de interés (en nuestro caso, transiciones y quiebres democráticos), la técnica de csQCA utiliza un procedimiento de simplificación basado en el álgebra booleana para encontrar las combinaciones de factores que mejor describen los escenarios en que dicho evento tiende a ocurrir (Rioux y Ragin 2009: 15). Así, la técnica de csQCA nos ayuda a determinar más sistemáticamente si el apoyo otorgado

por las embajadas estadounidenses a los cambios de régimen político fue una condición más o menos necesaria y/o suficiente para que tuvieran lugar. Si bien esta asociación no demuestra causalidad, sí ofrece (junto con los estudios de caso y análisis estadísticos que se presentan más adelante) mayores elementos para inferir la importancia de estos mecanismos hegemónicos.

Para el primero de nuestros análisis tomamos los 27 episodios de quiebre democrático acaecidos entre 1945 y 2010, a los que sumamos otros 18 casos (país-año) que, aun con mayor probabilidad de sufrir un quiebre, en función de determinados factores de riesgo (crecimiento económico negativo, alta inflación, radicalización de la oposición y preferencias autoritarias de las elites), tuvieron como resultado la estabilidad democrática¹². En un segundo análisis, examinamos las 37 transiciones democráticas que tuvieron lugar en el mismo período, *vis-à-vis* los 22 casos con las mayores probabilidades de democratización (de acuerdo con los mismos factores de riesgo) que, sin embargo, resultaron en continuidad autoritaria. Nuestra intención es determinar si el activismo de las embajadas de Estados Unidos fue una condición relevante para que tuvieran lugar los cambios de régimen en los casos positivos. Dado que no se observan múltiples combinaciones (*logical reminders*), ninguno de estos análisis indica que el apoyo de las embajadas de Estados Unidos haya sido una condición suficiente. Sin embargo, estos análisis arrojan algunos resultados de interés.

Si bien el apoyo de las embajadas estadounidenses a los golpes no es un factor relevante en ninguna de las combinaciones asociadas a los quiebres democráticos, su apoyo a la democracia es de lejos la condición más consistente (*consistency* = 1) y pareciera ser el factor determinante que explica la gran mayoría de estos casos (*coverage* = 0.83). En otros términos, el apoyo de la embajada estadounidense estuvo presente en el 100% de las transiciones democráticas y en el 83% de los casos en que las embajadas manifestaron su apoyo a estas aperturas en un momento crítico, las mismas resultaron exitosas. El hecho de que nuestros resultados se enfoquen únicamente en el apoyo estadounidense (es decir, independientemente de su combinación con cualquier otro factor de riesgo) destaca en mayor medida la importancia de este factor en un contexto de diversidad limitada (*cf.* Seawright 2014). Significativamente, esto significa que, si miramos los autoritarismos de América Latina entre 1945 y 2010 y nos concentramos en los años con mayor probabilidad de democratización, el apoyo de las embajadas estadounidenses es el factor más fuertemente asociado con la materialización efectiva de una transición en comparación con cualquier otro factor de riesgo que la literatura haya considerado importante.

Este análisis de csQCA ilumina otros dos puntos importantes. En primer lugar, incluso cuando el nivel de apoyo estadounidense a la democracia fue reducido, durante el primer gobierno de Eisenhower, el de Johnson, el de Nixon y los primeros años de Reagan, si consideramos todas las transiciones que efectivamente ocurrieron en estos años, es preciso advertir que las embajadas impulsaron medidas prodemocráticas a pesar de la

12. La capacidad predictiva de estos factores, así como la base de datos para realizar este análisis, provienen de S. MAINWARING y A. PÉREZ-LIÑÁN (2013: 109). Para más detalles sobre el análisis csQCA, véase el apéndice 2 del artículo original.

retórica general del gobierno. Durante la primera administración Reagan, por ejemplo, el apoyo del embajador de los Estados Unidos fue clave para el éxito de las transiciones en Bolivia (1982), El Salvador (1984) y Nicaragua (1984). En segundo lugar, considerando los casos que no dieron como resultado una transición democrática aun cuando todas las condiciones estaban dadas, es notable la medida en la que la ausencia de una embajada estadounidense (en Bolivia antes de 1982 o en Cuba, por ejemplo) afectó negativamente las posibilidades de que esto ocurriera.

Estos hallazgos subrayan el potencial impacto que posee la agencia de Estados Unidos en el terreno, o al menos sus señales: allí donde las embajadas estadounidenses no apoyaron las transiciones, los gobiernos autoritarios de turno siempre se mantuvieron en el poder. Por el contrario, siempre que la democracia triunfó, las embajadas apoyaron el proceso. Los lectores más recelosos dirán que Washington muchas veces simplemente se adaptó a los impulsos y procesos de carácter fundamentalmente doméstico. Pero aun los más escépticos deberán reconocer que, si bien se opuso de una u otra forma a la mitad de los quiebres democráticos en América Latina, Washington apoyó, al menos en intención, todas y cada una de las 37 transiciones. Este es un hecho importante que no parece haber sido identificado por la literatura.

Dicho esto, es menester remarcar que la política estadounidense presentó importantes contradicciones en algunos casos importantes. En Nicaragua, El Salvador y Guatemala durante los años ochenta, los Estados Unidos apoyaron a algunos actores claramente pertenecientes a la coalición autoritaria, así como a otros actores democráticos. Por ejemplo, Washington colaboró con los militares salvadoreños aun cuando estos masacraron a miles de civiles durante la guerra civil (1980-1992), al tiempo que también insistió en que el gobierno realizase elecciones libres y justas. Las elecciones de comienzos de 1982 fueron un paso clave en la transición salvadoreña, e indujo a ciertos actores radicales de derecha a formar un partido político que logró ganar apoyo popular. Muchos académicos han criticado con razón la política de Estados Unidos hacia la democracia en América Centra durante los años ochenta por no ser consistentemente prodemocrática, por tolerar excesivamente las violaciones a los derechos humanos y por mantener canales de colaboración con los actores autoritarios. Sin embargo, aun en estos casos, los Estados Unidos generalmente apoyaron a los actores democráticos que finalmente prevalecieron en el contexto de transiciones frágiles. En todos los casos, las embajadas adoptaron una posición claramente prodemocrática en los meses anteriores a las elecciones. La medida en la que esta actitud solo buscaba congraciarse o era una intervención efectiva puede ser debatible en algunos casos, pero la consistencia de esta práctica es ciertamente notable.

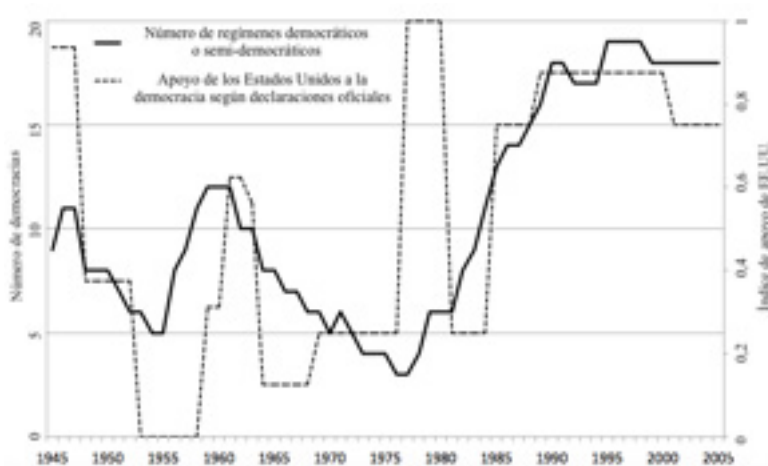
El análisis en esta sección seleccionó casos de acuerdo a su valor en la variable dependiente (esto es, consideramos fundamentalmente cambios de régimen que ocurrieron). De esta forma, no analizamos en detalle todos aquellos casos en los que la influencia de los Estados Unidos, aun estando presente, no produjo un cambio de régimen. Los análisis estadísticos de la última sección utilizarán un panel completo de la región entre 1945 y

2005 para abordar esta cuestión de forma más adecuada¹³. Antes de proceder con ese análisis, en la próxima sección nos detendremos en algunos casos especialmente relevantes.

V. ¿QUIÉN HACE OLAS EN AMÉRICA LATINA? LOS ESTADOS UNIDOS COMO UN DISPARADOR

El Gráfico 1 ilustra una notable correlación entre el carácter prodemocrático de la política exterior estadounidense hacia América Latina (la línea de puntos), por un lado, y la cantidad de democracias en la región (la línea sólida), por el otro. El mismo gráfico muestra que en dos claras coyunturas críticas (1948 y 1977) se produjeron cambios abruptos en la política de promoción de la democracia, coyunturas que precedieron inmediatamente a sendos cambios bruscos en las pautas regionales de democratización.

GRÁFICO I
CANTIDAD DE DEMOCRACIAS Y APOYO DE ESTADOS UNIDOS (1945-2005)



Nota: La variable «apoyo de los Estados Unidos a la democracia» se basa en una evaluación de las declaraciones públicas de oficiales estadounidenses (S. MAINWARING y A. PÉREZ-LIÑÁN 2013: Apéndice 3.2).
Fuente: Basado en S. MAINWARING y A. PÉREZ-LIÑÁN (2013: 87).

13. Para las razones por las cuales seleccionar por la variable dependiente es una buena aproximación inicial, véase G. GOERTZ (2017). El autor, al igual que M. COPPEDGE (2012), también sugiere la necesidad de combinar diferentes técnicas para alcanzar una mejor inferencia causal. Utilizamos 2005 como la fecha límite en este análisis para replicar los modelos de S. MAINWARING y A. PÉREZ-LIÑÁN (2013: 103-115).

Después de atacar duramente a las dictaduras y de apoyar a los gobiernos liberales entre 1944 y 1947, en 1948 los Estados Unidos comenzaron a reconocer a gobiernos autoritarios de manera más expeditiva (Schwartzberg 2003: 189). Subsecuentemente, y durante la mayor parte del período hasta 1977, Washington ofreció escaso apoyo a la democracia y en la mayoría de los casos apoyó a los gobiernos autoritarios que le eran leales¹⁴. Luego, tras la toma de posesión de Jimmy Carter, la política de promoción de la democracia del gobierno estadounidense se tornó consistente y, a partir de 1985, permanente. En esta historia simplificada, los años 1948 y 1977 destacan como dos coyunturas críticas que inauguraron claramente el comienzo de sendos cambios de política del hegemón (véase Gunitsky 2014). Por este motivo, en esta sección exploramos los cambios de régimen que tuvieron lugar inmediatamente después de estos *shocks*, intentando sopesar el impacto que los Estados Unidos tuvieron en los mismos. A la hora de analizar mecanismos de tipo hegemónico, los primeros casos son de importancia porque se encuentran más próximos al comienzo de una secuencia. Debido a su contigüidad temporal con el factor causal de interés, estos pueden decir más sobre los detonantes de una ola y están menos «contaminados» por la presencia simultánea de procesos de difusión¹⁵. Típicamente, estos efectos de diseminación suelen ser más débiles en los primeros casos y no existen en absoluto en el primer caso de una ola¹⁶.

Si bien el cambio de política exterior en Washington en 1948 contribuyó a la ola de autoritarismo que barrió América Latina, los Estados Unidos no apoyaron todos los quiebres y gobiernos autoritarios que siguieron inmediatamente al comienzo de esta ola en Costa Rica, Panamá, Perú y Venezuela. En ninguno de estos casos el gobierno estadounidense apoyó claramente el golpe de Estado contra la democracia instaurada. A lo sumo, los Estados Unidos dieron señales de que aceptarían un eventual gobierno militar y trabajarían con dictadores amigos, pero incluso esta aquiescencia fue altamente contradictoria.

En Perú (1948), los Estados Unidos no actuaron de ninguna forma para fortalecer al gobierno democrático, pero reconocieron el gobierno del líder golpista Manuel Odría apenas un mes después de que este se hiciera con el poder. «El desinterés de los Estados Unidos provocó una considerable reacción popular» (McClintock y Vallas 2003: 10), pero Washington nunca expresó apoyo hacia los golpistas e incluso consideró el desenlace como desafortunado, aunque inevitable. Edward Miller, el entonces subsecretario de Estado adjunto del Departamento de Estado, consideró recomendar la aplicación de

14. Como se mencionó, el último gobierno de Eisenhower y la administración Kennedy fueron dos excepciones, aun así no exentas de contradicciones.

15. En palabras de K. WEYLAND (2014: 1), «el éxito del precursor estimula [a los democratizadores en otros países] a desafiar a sus propios gobernantes» y es precisamente en esos casos precursores en los que «suele apreciarse claramente la inflexión proveniente del disparador inicial» (K. WEYLAND 2014: 17). «Obviamente, los efectos demostración no pueden afectar a la primera democratización. Las primeras democratizaciones de la tercera ola fueron el resultado de resortes, no de “bolas de nieve”» (S. HUNTINGTON 1994: 103).

16. El apéndice 3 provee más documentación y detalle sobre estos casos.

sanciones contra Perú después del golpe de Odría, pero cambió de idea por el temor a que esta medida pudiera empeorar la situación «simplemente por no estar a favor de este tipo de gobiernos» (Schwartzberg 2003: 120).

En Venezuela (1948), la embajada estadounidense apreció los pros y contras de oponerse al golpe contra el gobierno democrático entrante. Judith Ewell (1996: 152) argumenta que, aunque Washington en principio se opuso al golpe, «aparentemente [estaba] preparado para aceptar un golpe en lugar de asistir a [Rómulo] Gallegos [el presidente depuesto], tanto por considerarlo inevitable como por ser la solución que menos perjudicaría los intereses de los Estados Unidos». Aunque el dictador entrante, Marcos Pérez Jiménez, «no tuvo problemas en ser reconocido por los estadounidenses» (Romero y Kelly 2002: 17), Washington veía con malos ojos el autoritarismo. Steven Schwartzberg advierte que «al igual que en Perú, ni la Guerra Fría ni la política estadounidense fueron factores relevantes en la caída de la democracia venezolana» (Schwartzberg 2003: 126).

El de Panamá (1948) fue un caso similar en el que los Estados Unidos demostraron su aquiescencia frente a un golpe en contra de un gobierno semidemocrático. De la misma manera, las dinámicas que llevaron a una crisis constitucional, una breve guerra civil y el quiebre de la democracia en Costa Rica (1948) fueron fundamentalmente domésticas. Aun así, Washington «contribuyó significativamente al éxito de la causa democrática» (Schwartzberg 2003: 168) un año después. En suma, las políticas estadounidenses en la coyuntura de 1948 fueron ambivalentes y tuvieron efectos contradictorios. Quizás por ese motivo un número similar de transiciones y quiebres se sucedieron en las décadas subsiguientes.

En comparación, el rol de los Estados Unidos como disparador de los primeros casos de la ola democrática que comenzó en 1978 es mucho más claro. El cambio de política exterior en el hegemón, la activación de su agencia en el terreno y el momento y secuencia de las transiciones que siguieron se relacionan claramente. De los 20 países de América Latina incluidos en nuestro análisis solo Colombia, Costa Rica y Venezuela eran democráticos en 1977. Para 1990, Cuba y Haití eran las dos únicas autocracias que seguían en pie. De 1977 a 1981, y de 1985 en adelante, los Estados Unidos utilizaron una batería de medios para castigar a los dictadores y recompensar a los defensores de la democracia. Si bien estas políticas no siempre fueron consistentes a lo largo y a lo ancho de la región, su orientación general es clara: inclinaron el campo de juego a favor de la coalición democrática.

El cambio hacia una política de promoción de la democracia más activa se gestó en un subcomité del Congreso en 1974 y rápidamente pasó a formar parte de la plataforma del Partido Demócrata (Smith 1994: 241; Huntington 1991: 92; Pastor 2001: 138; *cf.* Brands 2010). Luego de montar su campaña electoral sobre la cuestión de los derechos humanos, Jimmy Carter asumió la presidencia en 1977 y casi inmediatamente su política hacia América Latina comenzó a centrarse en esta cuestión. Entre 1978 y 1979, la asistencia financiera dirigida hacia la región se redujo de USD 210 millones a USD 54 millones, pero se penalizó únicamente a los regímenes autoritarios (Kryzanek 1990: 165-174; Lowenthal 1991: 388-395; *cf.* Carothers 1993).

Como es de esperarse cuando los factores internacionales poseen importancia, la tercera ola latinoamericana no comenzó en los países más grandes o más ricos de la región. En

cambio, se inauguró con cuatro autocracias con dictadores débiles en las que Washington efectivamente podía inclinar la balanza: República Dominicana (1978), Ecuador (1979), Perú (1980) y Bolivia (1982). A diferencia de los primeros quiebres analizados arriba, la influencia de Estados Unidos fue «muy crítica» en todos estos casos¹⁷.

Los vínculos de los Estados Unidos en la República Dominicana y su capacidad de influir en este país son notables, al punto de que algunos autores han caracterizado la relación bilateral de «imperio informal» (Lake 2009). Otros académicos concuerdan con que esta fue una «transición de afuera hacia adentro» (Huntington 1991: 97), que no hubiese ocurrido sin la presión y apoyo estadounidenses (Mainwaring y Pérez-Liñán 2013: 229). Antes de las elecciones dominicanas del 16 de mayo de 1978, los Estados Unidos designaron un nuevo embajador profundamente prodemocrático al país. A pedido de Washington, un equipo de observadores de la OEA monitoreó las elecciones. La noche de las elecciones, cuando los militares detuvieron el conteo para permitir que el dictador Joaquín Balaguer pudiera cometer fraude, el entonces secretario de Estado, Cyrus Vance, inmediatamente manifestó duras protestas diplomáticas. El 19 de mayo, Carter instó públicamente a Balaguer a «permitir la celebración de elecciones libres o perder toda ayuda [económica y militar]» (Pastor 2001: 46). El general a cargo del Comando Sur telefonó personalmente a la cúpula del ejército dominicano para dejar en claro que las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos se opondrían a cualquier intento de prorrogar el gobierno de Balaguer. Estas medidas fueron «cruciales para dismantelar el golpe que se estaba gestando» (Hartlyn 1998: 125; *cf.* Kryzaneck 1979). Presionado fuertemente por los Estados Unidos para que se permitiera un sufragio y conteos justos que lo dieran por perdedor, el régimen dominicano cedió y permitió que avanzara la transición.

Poco después de la transición en República Dominicana, un premonitorio memorándum de la Secretaría de Estado manifestaba: «Queremos fomentar los procesos de democratización en Bolivia, Ecuador y Perú...» (Departamento de Estado 1978), con lo que se identificaban con precisión y en orden de aparición las tres transiciones que siguieron a la dominicana¹⁸. En 1979, los mismos procedimientos utilizados en la República Dominicana fueron aplicados para inducir a los dictadores de turno a garantizar la integridad de los procesos electorales boliviano, ecuatoriano y peruano: reemplazo y designación de embajadores prodemocráticos; despliegue de misiones de observación electoral; comunicación entre los militares estadounidenses con sus pares locales, y declaraciones públicas del secretario de Estado, con amenazas de suspender toda asistencia económica y militar.

17. Estas fueron las palabras del embajador (ret.) Edwin Corr en una entrevista con los autores (26 de enero de 2018). Corr fue encargado de negocios y embajador en Ecuador, Perú y Bolivia durante las transiciones respectivas. En su opinión, «con la posible excepción de Perú, estas transiciones no hubieran sucedido tan tempranamente sin el apoyo estadounidense». Ver apéndice 3 para más fuentes y detalles históricos sobre todas las 37 transiciones y 27 quiebres democráticos ocurridos entre 1945 y 2010.

18. Estos eran países donde los Estados Unidos tenían importante influencia y capacidad de presión. Como recuerda T. CAROTHERS (1993: 136) «en los años 80, los Estados Unidos tenían importantes programas de ayuda económica solo en Ecuador, Perú, Bolivia y Colombia».

En Ecuador, la intervención de los diplomáticos estadounidenses evitó que se llevara a cabo un golpe contra las facciones militares que lideraban la apertura, además de desalentar a líderes autoritarios que podrían haber frustrado las elecciones y comunicar constantemente el apoyo de Washington al progreso democrático, generalmente como condición *sine qua non* para aprobar la apremiante asistencia financiera y diplomática¹⁹. La embajada estadounidense presionó fuertemente a los militares para que retornaran a un régimen civil. Hacía varios años que Washington presionaba fuertemente. En un contexto de crisis económica y tensas relaciones con Perú, esta presión consistía en condicionar el apoyo a prioridades estratégicas ecuatorianas (desde la transferencia de armas hasta la concesión de derechos de pesca y el apoyo a sus reclamos territoriales frente a sus vecinos) a avances claros en dirección a una transición democrática. El general a cargo del Comando Sur y la primera dama de los Estados Unidos, Rosalynn Carter, visitaron Ecuador para expresar personalmente su apoyo al proceso electoral. La primera dama fue particularmente insistente en su apoyo a la transición y manifestó en toda ocasión que ese era el deseo de su marido.

El embajador (ret.) Edwin Corr, entonces segundo a cargo de la embajada en Quito, rememoró en una entrevista con los autores dos episodios que ilustran la influencia ejercida por Washington a favor de los actores prodemocráticos. El primero de ellos se refiere a una tentativa de golpe de Estado liderada por el general Guillermo Durán, representante del Ejército en la junta, quien pretendía hacer descarrilar el proceso de transición. Corr personalmente voló a la costa para advertir al almirante Alfredo Poveda, representante de la Marina y la figura más liberal de la junta, y le ofreció información clasificada sobre las intenciones y movimientos de Durán. Las acciones de Corr pudieron haber prevenido este golpe. El segundo episodio concierne al rol que los Estados Unidos desempeñaron para desalentar la candidatura de Assad Bucaram, un líder izquierdista cuya victoria hubiera sido inaceptable para la junta. Los diplomáticos estadounidenses actuaron como mediadores entre los blandos, tanto en el movimiento democrático como entre los miembros del gobierno, y lograron disuadir a Bucaram de presentarse como candidato, con lo que evitaron una reacción militar y facilitaron la transición (Handelman y Sanders 1981: 46).

La administración Carter también apoyó la democratización del Perú. Como en Ecuador, los Estados Unidos utilizaron su apoyo diplomático en asuntos clave como herramienta de negociación para encauzar el proceso de liberalización política. Estos incluyeron asuntos prioritarios de la agenda peruana, tal como el Derecho del Mar, el Tratado Antártico y otras cuestiones, lo que afectó sus tensas relaciones con Chile y Ecuador. En su visita del 4 de junio de 1977, Rosalynn Carter presionó al dictador Francisco Morales Bermúdez con igual firmeza que en Ecuador²⁰. De acuerdo con

19. Entrevista de los autores con el embajador (ret.) Edwin Corr, 1 de febrero de 2018.

20. La evidencia proveniente de entrevistas con funcionarios estadounidenses debe interpretarse con precaución, ya que los actores que participaron en estos procesos tienen razones para enfatizar la importancia del papel que habían desempeñado. Sin embargo, consideramos que la norma de no intervención en los asuntos internos de otro Estado y la confidencialidad diplomática a la que están sujetas estas fuentes hacen de nuestros entrevistados una fuente relativamente fidedigna.

Robert Pastor, quien se desempeñó como miembro del Consejo de Seguridad Nacional del presidente Carter: «[En] Perú y Ecuador, ella utilizó cada oportunidad para reforzar el proceso de democratización» (Pastor 2001: 45). Paralelamente, los Estados Unidos condicionaron todo apoyo a la dictadura peruana ante los organismos multilaterales de crédito a la consecución de avances democráticos. Un cable de la Secretaría de Estado de la época detalla las muchas maneras en que la embajada estadounidense en Lima se relacionó con los militares para asegurar su apoyo a la transición, entendida como un «objetivo principal» de los Estados Unidos. Como en casi todos los casos en la tercera ola, la asistencia militar fue utilizada como ficha de negociación (Departamento de Estado 1980).

En una entrevista con uno de los autores, Harry Shlaudeman, embajador en Perú entre junio de 1977 y octubre de 1980, dijo:

El apoyo de Estados Unidos en el Fondo Monetario Internacional y frente al Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo era crítico para que el gobierno militar pudiera superar sus terribles dificultades económicas [...] Durante mi llamada de despedida al general Morales Bermúdez, hizo hincapié en su eterna gratitud por el apoyo del presidente Carter [...] Quizás nuestra mayor contribución fue insistir en la legalidad de la completa participación del APRA [Alianza Popular Revolucionaria Americana, uno de los mayores partidos políticos] y sus credenciales democráticas. Realmente tuvimos un rol en la superación de una larga historia de conflicto entre los apristas y los militares que de otra forma hubiera hecho fracasar el proceso²¹.

El papel que desempeñó Estados Unidos en Bolivia es más difícil de reconstruir, pues inicialmente el éxito fue esquivo. Sin embargo, el apoyo a los actores democráticos fue tanto o más firme. La administración Carter comenzó por presionar al dictador Hugo Banzer para abrir el régimen y facilitar las elecciones de 1978. El proceso de democratización sufrió varios traspiés, con un fraude electoral masivo en 1978 y sucesivos golpes de Estado en 1978, 1979 y 1980. No obstante, la presión estadounidense se incrementó en cada paso, contribuyendo a un resultado democrático que probablemente no hubiera tenido lugar sin semejante apoyo. Después de que los militares efectuaran el último de estos golpes contra un incipiente gobierno democrático, el 17 de julio de 1980, Carter suspendió el envío de USD 127 millones de asistencia técnica y ayuda económica, se negó a reconocer al nuevo gobierno y eventualmente retiró a su embajador en La Paz. Luego, la Administración para el Control de Drogas (DEA, por sus siglas en inglés) implicó al dictador García Meza en un caso de tráfico de drogas. Los Estados Unidos también instaron al Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y otros países a aislar a Bolivia y bloquear todo tipo de ayuda. Luego Carter estableció cinco condiciones para la normalización de relaciones diplomáticas, entre ellas: «la mejora de la situación de los derechos humanos [y] el restablecimiento del régimen democrático» (Carothers 1993: 127). García Meza fue finalmente depuesto en agosto de 1981. Hacia fines de ese año, Corr, entonces una figura prodemocrática de cierto renombre, fue nombrado embajador

21. Entrevista con el embajador (ret.) Harry Shlaudeman, 11 de diciembre de 2015.

en Bolivia para «trabajar tras bambalinas para facilitar la transición» (Carothers 1993: 128). Meses más tarde, en octubre de 1982, «los militares aceptaron entregar el gobierno al ganador de las elecciones de 1980 y Corr desempeñó un rol importante en este proceso» (Gamarra 1999: 187).

Los detalles de estos cuatro casos indican que el cambio en la política de derechos humanos de Estados Unidos en 1977 fue relevante en las primeras transiciones y envió un claro mensaje sobre la determinación de Washington de apoyar a los líderes democráticos en el proceso que se iniciaba. El profundo impacto de este cambio en la política estadounidense no fue inmediatamente evidente, e inicialmente estas transiciones (como el propio término lo indica) aparentaron ser altamente contingentes (O'Donnell y Schmitter 1986) y parecía improbable que el hegemon regional hubiera tenido algo que ver con un proceso tan lento y frágil. Sin embargo, en retrospectiva, el impacto de largo plazo que el cambio de políticas en Washington tuvo sobre la región es patente.

VI. LA PROMOCIÓN DE RÉGIMENES DESDE WASHINGTON: EL ROL DE LA AYUDA EXTERNA

Esta sección apunta a demostrar que la orientación general de la política exterior de los Estados Unidos hacia regímenes particulares, medida de manera aproximada a través de los flujos de ayuda externa, tuvo un impacto significativo en la probabilidad de una transición democrática, *ceteris paribus*. Para estimar el impacto de esta ayuda estadounidense en el país latinoamericano promedio, replicamos los modelos de supervivencia de Mainwaring y Pérez-Liñán (2013), reemplazando el indicador de apoyo estadounidense a la democracia (la línea de puntos en el Gráfico 1) por una medida de ayuda económica y militar estadounidense.

Es preciso realizar dos observaciones pertinentes respecto al modo en que Mainwaring y Pérez-Liñán codificaron el apoyo estadounidense a la democracia. En primer lugar, su variable presenta un único valor anual para toda la región, por lo que no considera la posición de Washington respecto de cada caso. Esta aproximación probablemente sesga de forma conservadora los resultados de la regresión, al pasar por alto la variación de un país a otro. En segundo lugar, al medir el apoyo a la democracia a través de los discursos públicos de los oficiales estadounidenses, la variable enfrentaba problemas de validez, ya que la política exterior realmente implementada podría contradecir el discurso diplomático. Efectivamente, nuestros estudios de caso confirman que, a menudo, estas políticas fueron producto de complejas pujas burocráticas y que muchas veces se llevaron a cabo con extrema discreción. Las declaraciones diplomáticas podrían entenderse como un tipo de señal (*cf.* Thyne 2010), pero no logran capturar los tipos de agencia más consecuentes.

En nuestro análisis ponemos el foco en el efecto de una política concreta: el desembolso de ayuda económica y militar proveniente de los Estados Unidos. Nuestra revisión caso por caso de los 64 cambios de régimen acontecidos entre 1945 y 2010 indica que la manipulación de este tipo de ayuda fue un elemento permanente de la política de promoción de regímenes políticos en América Latina y, por lo tanto, debería ofrecer la

mejor aproximación empírica a la existencia de apoyo estadounidense. Más puntualmente, miramos una transformación per cápita del agregado de toda la ayuda económica y militar provista por todas las agencias, departamentos y oficinas del gobierno de los Estados Unidos (*US Overseas Loans and Grants Greenbook*) a todos los países latinoamericanos. Consideramos esta amplia gama de tipos de ayuda para capturar los diversos usos que se le podían dar. Por ejemplo, el apoyo a los golpes de Estado normalmente se canalizó a través de la provisión de asistencia militar, mientras que agencias como USAID cumplieron un papel más importante en las aperturas democráticas (Kryzaneck 1990: 181-183; Carothers 1993: 196; Hendrix 2003). Esta variable cubre un rango de USD 0 a USD 210 per cápita, con más del 95% de las observaciones concentrándose por debajo de los USD 100 per cápita.

En las Tablas I y II se muestran los resultados de nuestros análisis de supervivencia para el período 1945-2005. La Tabla I muestra cómo un incremento de la ayuda externa de Estados Unidos se condice con un aumento en la probabilidad de que se produzca una transición democrática desde gobiernos autoritarios. La Tabla II muestra cómo la disminución de esta ayuda incrementó la probabilidad de un quiebre entre las democracias ya establecidas. En la primera columna de cada tabla comenzamos por replicar exactamente los modelos de supervivencia 4.4.5 y 4.2.5 de Mainwaring y Pérez Liñán (2013: 109-110, 104-105), que luego modificamos mínimamente al introducir la variable «ayuda externa de Estados Unidos».

En la Tabla I, el signo positivo en la variable «ayuda externa de Estados Unidos» es consistente con la evidencia que mostramos en nuestros estudios de caso. Washington ofreció más ayuda a los gobiernos autoritarios que fueron mostrando avances en el sentido de una mayor liberalización política y una apertura democrática, mientras que suspendió la ayuda a los regímenes autoritarios que no avanzaban en esa dirección. De este modo, una mayor ayuda estadounidense está fuertemente asociada con una mayor probabilidad de transición democrática. La segunda columna de la Tabla I muestra la superioridad de nuestro nuevo indicador, ya que, una vez que la ayuda externa se incorpora al modelo, la orientación general de la política exterior estadounidense deja de ser un factor significativo. La ayuda externa no solo es altamente significativa, sino que es aún más significativa que las medidas de difusión (de acuerdo a su valor-p). En la tercera columna eliminamos las variables internacionales mejor capturadas por nuestra hipótesis (declaraciones diplomáticas y difusión regional). En comparación con el modelo original en la primera columna, esta nueva especificación, enfocada únicamente en los mecanismos hegemónicos, explica la incidencia del factor internacional mejor que el modelo inicial (según su pseudo-R²), aun siendo más parsimoniosa. Finalmente, la cuarta columna muestra que la variable de ayuda externa estadounidense es incluso más significativa que la preferencia de los actores domésticos si nos enfocamos en el período 1977-2005.

TABLA I
MODELOS DE SUPERVIVENCIA PARA LOS RÉGIMENES AUTORITARIOS (TRANSICIONES)

	4.2.5 (1945-2005)	4.2.5 + AYUDA DE EE. UU.	AYUDA DE EE. UU. (1945-2005)	AYUDA DE EE. UU. (1977-2005)
<i>Preferencias</i>				
Radicalismo (gobierno y aliados)	-1.150* (.588)	-1.410 (.972)	-1.069 (.753)	-.082 (.650)
Radicalismo (oposición)	2.284*** (.817)	2.146* (1.128)	1.449** (.715)	.837 (.768)
Preferencias normativas (todos)	3.228*** (.634)	3.172*** (.739)	3.007*** (.567)	2.370* (1.188)
<i>Factores internacionales</i>				
Declaraciones de EE. UU. (original)	1.053* (.583)	.886 (.838)	-	-
Ayuda de EE. UU. per cápita (nueva)	-	.016** (.006)	.020*** (.005)	.015*** (.006)
Difusión en la región, t - 1	3.984** (1.736)	3.542 (2.259)	-	-
Difusión fuera de la región, t - 1	-.070 (.163)	.045 (.230)	.263 (.175)	-.133 (.134)
<i>Explicaciones alternativas</i>				
PIB per cápita logaritmo t - 1	-.379 (.575)	-.673 (.766)	-.463 (.604)	-1.312*** (.473)
Trabajo industrial t - 1	.116** (.055)	.189 (0.46)	.171 (.061)	.145** (.067)
Exportaciones de minerales y petróleo	.634 (.656)	.085 (1.116)	1.045 (.829)	.101 (.407)
Crecimiento, 10 años	-14.481 (14.699)	-28.996** (13.577)	-30.786*** (11.647)	-19.907 (14.650)
Edad del régimen	.132 (.126)	.307** (.152)	.350** (.144)	.233 (.189)
Edad del régimen ^2	-.004 (.005)	-.010 (.006)	-.012* (.006)	-.009 (.008)
Edad del régimen ^3	.000 (.000)	.000 (.000)	.000 (.000)	.000 (.000)
<i>Intersecciones</i>				
Semidemocracia	5.042 (3.634)	5.250 (3.989)	4.583 (3.671)	-2.842 (2.576)
Democracia	6.229 (3.640)	6.443 (3.994)	5.713 (3.705)	-1.840 (2.496)
Varianza de la intersección	.360 (.656)	.995 (1.612)	.373 (.675)	0.000 (0.000)
Pseudo-R ²	0.17	0.20	0.19	0.16
N	576	564	564	181

Nota: *** p < 0.01; ** p < 0.05; * p < 0.1. Las entradas son coeficientes de una regresión logística ordinal con efectos aleatorios (errores estándar entre paréntesis). La variable dependiente es tricotómica y adopta un valor «0» si el régimen autocrático sobrevivió ese año, «1» si se produjo una transición a un régimen semidemocrático y «2» si la transición fue hacia una democracia completa.

Fuente: S. MAINWARING y A. PÉREZ-LIÑÁN (2013: 104-105) y US *Overseas Loans and Grants Greenbook*.

TABLA II
MODELOS DE SUPERVIVENCIA PARA LOS RÉGIMENES DEMOCRÁTICOS (QUIEBRES)

	4.4.5 (1945-2005)	4.4.5 + AYUDA DE EE. UU.	AYUDA DE EE. UU. (1945-2005)	AYUDA DE EE. UU. (1948-1976)
<i>Preferencias</i>				
Radicalismo (gobierno y aliados)	1.034 (.989)	1.046 (1.043)	1.432 (1.061)	1.832** (.715)
Radicalismo (oposición)	-.686 (.690)	-.681 (.734)	-.648 (.914)	-.773 (1.208)
Preferencias normativas (todos)	-2.698** (1.100)	-2.755** (1.234)	-2.981** (1.492)	-2.701 (1.971)
<i>Factores internacionales</i>				
Declaraciones de EE. UU. (original)	-.829 (.641)	-.512 (.934)	–	–
Ayuda de EE. UU. per cápita (nueva)	–	-.010 (.007)	-.013*** (.004)	-.019 (.015)
Difusión en la región, t – 1	-4.376** (1.933)	-5.087** (2.346)	–	–
Difusión fuera de la región, t – 1	-.430* (.249)	-.512 (.352)	-.822 (.244)	-1.024 (.660)
<i>Explicaciones alternativas</i>				
PIB per cápita logaritmo t – 1	.307 (.531)	.145 (.570)	.039 (.666)	.407 (.557)
Trabajo industrial t – 1	-.000 (.047)	.008 (.053)	.024 (.051)	-.063 (.059)
Exportaciones de minerales y petróleo	-.976 (.711)	-.695 (.735)	-.622 (.858)	-3.49*** (.997)
Crecimiento, 10 años	6.955 (12.856)	8.569 (16.513)	24.941** (10.895)	.785 (28.228)
Poder presidencial	-.247*** (.049)	-.302*** (.051)	-.238*** (.055)	-.396* (.201)
Multipartidismo t – 1	.445 (.643)	.489 (.659)	.751 (.543)	-.981 (1.151)
Semidemocracia t – 1	2.305*** (.622)	2.550*** (.760)	2.107*** (.668)	2.716*** (.817)
Edad del régimen	.213 (.158)	.197 (.196)	.175 (.201)	.573 (.414)
Edad del régimen ²	-.008 (.008)	-.006 (.011)	-.004 (.011)	-.036 (.026)
Edad del régimen ³	.000 (.000)	.000 (.000)	.000 (.000)	.000 (.000)
Constante	-2.202 (5.258)	-.329 (5.368)	-3.414 (5.955)	-1.234 (6.043)
Varianza de la intersección	0.000 (0.000)	0.000 (0.000)	0.000 (0.000)	0.000 (0.000)
Pseudo-R ²	0.35	0.37	0.33	0.37
N	644	635	635	218

Nota: *** p < 0.01; ** p < 0.05; * p < 0.1. Las entradas son coeficientes de una regresión logística ordinal con efectos aleatorios (errores estándar entre paréntesis).

Fuente: S. MAINWARING y A. PÉREZ-LIÑÁN (2013: 109-110) y US *Overseas Loans and Grants Greenbook*.

La Tabla II aplica el mismo procedimiento para analizar la supervivencia de la democracia. En línea con los hallazgos de tipo más cualitativo, presentados en las secciones anteriores, la asociación entre ayuda estadounidense y quiebres es menos marcada. La segunda columna demuestra que la difusión regional (del autoritarismo) parece ser el factor internacional que mejor explica estas olas autoritarias, ya que los mecanismos hegemónicos no son significativos cuando la variable «ayuda de EE. UU.» se incluye en el modelo. La tercera columna muestra que, por lo general (de 1945 a 2005), un mayor grado de asistencia estadounidense se asocia con una reducida probabilidad de que se provoque un quiebre, pero no dice mucho sobre el origen de esta relación. En otras palabras, no permite ver si estos quiebres se produjeron *debido* a la retirada de ayuda o si fueron más bien evitados por el incremento de ayuda a las democracias a partir de 1977. Para comprender mejor esta relación, es preciso enfocarnos en el período en que la gran mayoría de los quiebres se produjeron (1948-1976), lo que puede apreciarse en la cuarta columna del cuadro: nuestros hallazgos indican que los mecanismos hegemónicos no fueron un factor sistemáticamente importante para que se produjeran los quiebres. Como los Estados Unidos no apoyaron de manera consistente ni la democracia ni el autoritarismo durante estos años, la varianza es mucho mayor, resultando en errores estándar más amplios.

La conclusión general de estas tablas es que la ayuda externa provista por Washington estuvo fuertemente asociada a la tercera ola de democratización en América Latina. Sin duda, la presencia o ausencia de esta ayuda no causó en sí misma las transiciones, pero sirve en este análisis como una forma de aproximarnos al apoyo de los Estados Unidos a la democracia (y la oposición al autoritarismo). Utilizando este *proxy*, encontramos que, entre 1977 y 2005, los mecanismos hegemónicos estuvieron significativamente asociados a las transiciones democráticas en América Latina. Por el contrario, los resultados del período 1948-1976 no se condicen con la narrativa según la cual los Estados Unidos favorecieron sistemáticamente el surgimiento de autocracias. Aunque va más allá de los objetivos de este artículo explicar las causas de las olas autoritarias que afectaron la región entre 1948 y 1954, y más tarde entre 1964 y 1977, es probable que la polarización local en el marco de la Guerra Fría (especialmente después de la Revolución cubana) y los efectos de difusión ofrezcan una mejor explicación que los mecanismos hegemónicos. Los Estados Unidos fueron el principal actor en quiebres como el de Guatemala (1954) y, sin duda, influyó en otros casos, pero la evidencia aquí presentada sugiere que este país no desató ni afectó de manera sistemática las olas autoritarias que comenzaron a barrer la región en 1948 y en 1964.

VII. CONCLUSIONES

Los Estados que ocupan un lugar hegemónico pueden tener un efecto poderoso en las dinámicas de estabilidad y cambio de régimen político que se suscitan en sus áreas de influencia. Nuestros hallazgos se condicen con una literatura reciente que considera

la capacidad efectiva de presión por parte de Occidente como un factor relevante que explica el ascenso de los autoritarismos competitivos en la etapa posterior a la Guerra Fría. Nuestro trabajo demuestra que este tipo de mecanismos hegemónicos ya estaban presentes en América Latina y fueron particularmente relevantes durante la ola de democratización que comenzó hacia fines de los años 70.

En este artículo presentamos una conceptualización y un análisis empírico sistemático de estos mecanismos hegemónicos, un factor internacional relevante para explicar el cambio de régimen que a menudo se ha visto eclipsado por otros factores, normalmente agrupados bajo el rótulo de «mecanismos de difusión». Los hegemones afectan el cambio de régimen en países que se encuentran bajo su propia órbita. Cuando un hegemón realiza un viraje en su política exterior para favorecer un determinado tipo de régimen e inmediatamente después de adoptado este cambio tiene lugar una serie de episodios de cambio de régimen, geográficamente agrupados en torno de este Estado, es probable que los resultados estén siendo determinados por las señales enviadas por el hegemón o por su acción efectiva. Ya que el inmenso poder relativo de Estados Unidos, así como la aglutinación geográfica de las olas de cambio de régimen son bien conocidos, nuestro esfuerzo se concentró en determinar si Washington actuó como disparador y desplegó cierto grado de agencia, utilizando múltiples métodos para iluminar del mejor modo posible las diferentes aristas del problema.

Primero, presentamos un análisis de los 27 quiebres y 37 transiciones sucedidos entre 1945 y 2010, y mostramos de manera informal y luego formalmente (utilizando csQCA) que las embajadas estadounidenses, cuando no actuaron, al menos señalaron su preferencia democrática en todas y cada una de las transiciones. Este es un primer hallazgo relevante de esta investigación: el apoyo de los Estados Unidos no fue consistente en el tiempo ni necesariamente decisivo en todos los casos, pero existió siempre que se produjo una transición. En segundo lugar, ofrecemos un análisis de dos coyunturas críticas para toda la región, basado en el análisis de los primeros casos de cambio de régimen que tuvieron lugar después de un claro cambio de orientación del hegemón. Estos análisis sugieren que el efecto disparador de Washington, aunque no muy claro en el período que se inaugura en 1948, sí es claro y sostenido tras la reorientación de su política exterior a partir de 1977. Tercero, nuestra réplica de los principales análisis de supervivencia de Mainwaring y Pérez-Liñán muestra que la ayuda externa proveniente de Estados Unidos estuvo sistemáticamente asociada a las transiciones democráticas a partir de 1977. Todas las piezas del rompecabezas sugieren que los mecanismos de la hegemonía estadounidense desempeñaron un rol prominente en América Latina durante la tercera ola de democratización.

VIII. BIBLIOGRAFÍA

- ATKINS, P. *Latin America and the Caribbean in the International System*. Boulder: Westview Press, 1999.
- BRANDS, H. *Latin America's Cold War: An International History*. Cambridge: Harvard University Press, 2010.
- BRINKS, D. y COPPEDGE, M. Diffusion Is No Illusion: Neighbor Emulation in the Third Wave of Democracy. *Comparative Political Studies*, 2006, vol. 39 (4): 463-489.
- BROWN, A. Transnational Influences in the Transition from Communism. *Post-Soviet Affairs*, 2000, vol. 16 (2): 177-200.
- CAROTHERS, T. *In the Name of Democracy: U.S. Policy Toward Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1993.
- COPPEDGE, M. *Democratization and Research Methods*. Nueva York: Cambridge University Press, 2012.
- DEPARTAMENTO DE ESTADO. *Country Priorities in Latin America (1978)*. Sitio web visitado por última vez el 5 de febrero de 2019: <https://search-proquest-com.proxy.library.nd.edu/docview/1679039317/fulltextPDF/3B3766CAB07478BPQ/11?accountid=12874>.
- DEPARTAMENTO DE ESTADO. *Security Assistance Reporting Requirement for Peru (1980)*. Sitio web visitado por última vez el 5 de febrero de 2019: <https://search-proquest-com.proxy.library.nd.edu/docview/1679155534/4DAC903B02644D7EPQ/2?accountid=12874>.
- EWELL, J. *Venezuela and the United States: From Monroe's Hemisphere to Petroleum's Empire*. Athens, G.A.: The University of Georgia Press, 1996.
- GAMARRA, E. The United States and Bolivia: Fighting the Drug War. En DUNKERLEY, J. y BULMER THOMAS, V. (eds.). *The United States and Latin America: The New Agenda*. Cambridge: David Rockefeller Center for Latin American Studies, Harvard University, 1999: 177-206.
- GOERTZ, G. *Multimethod Research, Casual Mechanisms, and Case Studies*. Princeton: Princeton University Press, 2017.
- GREEN, A. y KOHL, R. Challenges of Evaluating Democracy Assistance: Perspectives from the Donor Side. *Democratization*, 2007, vol. 14 (1): 151-165.
- GUNITSKY, S. From Shocks to Waves: Hegemonic Transitions and Democratization in the Twentieth Century. *International Organization*, 2014, vol. 68 (3): 561-597.
- HANDELMAN, H. y GRIFFIN SANDERS, T. *Military Government and the Movement Toward Democracy in South America*. Bloomington: Indiana University Press, 1981.
- HARTLYN, J. *The Struggle for Democratic Politics in the Dominican Republic*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1998.
- HENDRIX, S. USAID Promoting Democracy and the Rule of Law in Latin America and the Caribbean. *Southwest Journal of Law and Trade in the Americas*, 2003, vol. 49: 277-320.
- HUNTINGTON, S. *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman: University of Oklahoma Press, 1991.
- KRYZANEK, M. The 1978 Election in the Dominican Republic: Opposition Politics, Intervention, and the Carter Administration. *Caribbean Studies*, 1979, vol. 19: 51-73.

- KRYZANEK, M. *US-Latin American Relations*. Nueva York: Praeger, 1990.
- LAKE, D. *Hierarchy in International Relations*. Ithaca: Cornell University Press, 2009.
- LEVITSKY, S. y WAY, L. *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes After the Cold War*. Nueva York: Cambridge University Press, 2010.
- LOWENTHAL, A. (ed.). *Exporting Democracy: The United States and Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1991.
- MAINWARING, Scott y PÉREZ-LIÑÁN, Aníbal. *Democracies and Dictatorships in Latin America: Emergence, Survival, and Fall*. Nueva York: Cambridge University Press, 2013.
- MCCLEINTOCK, C. y VALLAS, F. *The United States and Peru: Cooperation at a Cost*. Nueva York: Routledge, 2003.
- MIDDLEBROOK, K. y RICO, C. (eds.). *The United States and Latin America in the 1980s*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1986.
- NIETO-MATIZ, C. y SCHENONI, L. Backing Despots? Foreign Aid and the Survival of Autocratic Regimes. *Democracy and Security*, 2018. DOI: 10.1080/17419166.2018.1555691.
- O'DONNELL, G. y SCHMITTER, P. *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986.
- OWEN, J. *The Clash of Ideas in World Politics*. Princeton: Princeton University Press, 2010.
- PASTOR, R. *Exiting the Whirlpool: U.S. foreign policy towards Latin America and the Caribbean*. Boulder: Westview Press, 2001.
- PEVEHOUSE, J. *Democracy from Above: Regional Organizations and Democratization*. Nueva York: Cambridge University Press, 2005.
- PRIDHAM, G. *Encouraging Democracy: the international context of regime transition in southern Europe*. Nueva York: St. Martin's Press, 1991.
- RABE, S. *Eisenhower and Latin America: The Foreign Policy of Anticommunism*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1988.
- REITER, D. *Foreign-Imposed Regime Change*. Oxford: Oxford Research Encyclopedia of Politics, 2017.
- RIoux, B. y RAGIN, Ch. *Configurational Comparative Methods*. London: Sage, 2009.
- ROBINSON, W. Promoting Capitalist Polyarchy: The Case of Latin America. En COX, M.; IKENBERRY, J. e INOGUCHI, T. (eds.). *American Democracy Promotion*. Nueva York: Oxford University Press, 2000: 308-325.
- ROMERO, C. y KELLY, J. *United States and Venezuela: Rethinking a Relationship*. Nueva York: Routledge, 2003.
- SCHENONI, L. Hegemony. *Oxford Research Encyclopedia of International Studies*. Nueva York: Oxford University Press, 2019. DOI: 10.1093/acrefore/9780190846626.013.509.
- SCHENONI, L. y MAINWARING, S. US Hegemony and Regime Change in Latin America. *Democratization*, 2019, vol. 26 (2): 269-287.
- SCHOULTZ, L. *Beneath the United States: A History of U.S. Policy Toward Latin America*. Cambridge: Harvard University Press, 1998.
- SCHWARTZBERG, S. *Democracy and U.S. Policy in Latin America during the Truman Years*. Gainesville: University Press of Florida, 2003.

- SEAWRIGHT, J. Comment: Limited Diversity and the Unreliability of QCA. *Sociological Methodology*, 2014, vol. 44: 118-121.
- SMITH, P. *Tallons of the Eagle: Dynamics of U.S.-Latin American Relations*. Nueva York: Oxford University Press, 2000.
- SMITH, T. *America's Mission: The United States and the Worldwide Struggle for Democracy in the Twentieth Century*. Princeton: Princeton University Press, 1994.
- THYNE, C. Supporter of Stability or Agent of Agitation? The Effect of US Foreign Policy on Coups in Latin America. *Journal of Peace Research*, 2010, vol. 47 (4): 449-461.
- URDINEZ, F.; MOURON, F.; SCHENONI, L. y OLIVEIRA, A. Chinese Economic Statecraft and US Hegemony in Latin America: An Empirical Analysis 2003-2014. *Latin American Politics and Society*, 2016, vol. 58 (4): 3-30.
- WEYLAND, K. *Making Waves: Democratic Contention in Europe and Latin America since the Revolutions of 1848*. Nueva York: Cambridge University Press, 2014.
- WHITEHEAD, L. (ed.). *The International Dimension of Democratization*. Nueva York: Oxford University Press, 1996.

